

¿LA UTOPIA, OTRA VEZ?

Enrique Puchet C.*

SÍNTESE – El nuevo aprecio por la Utopía, que implícitamente el autor considera un rasgo positivo, exige desvirtuar algunos malentendidos. Aquí se encaran tres: (1) la frecuente omisión de la necesidad de apoyarse en recursos para el cambio que de veras habiliten para proponérselo; (2) la desconfianza genérica respecto de lo que existe, que impide obrar movilizando lo valioso contra lo que hace falta remover; (3) la especie de "sentimentalismo" que se muestra hostil al método inteligente. Naturalmente, se requiere también apartar las conductas de resignación, para las cuales las formas anómalas o deficientes de existencia social son "variantes del multiforme orden humano".

ABSTRACT – In this appreciation of the Utopia, the author requires that some misunderstanding items should be elucidated: 1. the frequent omission of the necessity to use resources; 2. generic distrust on what is valid; 3. hostile sentimentalism against an intelligent method.

De utopías y de utopismo se vuelve a hablar, con insistencia. Y, como parece ser regla, lo hacen sobre todos aquellos sectores que pueden considerarse favorecidos de la fortuna, de la educación, del poder; ciudadanos de sociedades opulentas, tecnócratas que realizan el sueño positivista del sacerdocio científico, altos intelectuales de las humanidades o de las disciplinas "duras"... (En cambio, los no favorecidos en lo material y en lo cultural se entregan más bien al disfrute cumplido – no utópico, por lo tanto – de la intervención sobrenatural aquí y ahora: proliferación de sectas que evocan la conmixción homérica de hombres y dioses). Con frecuencia se escuchan las palabras de orden: "imposible vivir sin ilusiones" o "imaginar es tan importante como ejecutar" – sin que falten sorprendentes alusiones, concientes o no, al Romanticismo social y al primitivo Cristianismo evangélico; quien esto escribe ha pensado que valía la pena examinar, y lo ha hecho en otro lugar, en qué repetimos a Fourier, cuántas formulaciones siguen los pasos de este singular personaje en el que ya Sarmiento, clarividente, percibió la coexistencia de genialidad y extravagancia.

* Departamento de Historia y Filosofía de la Educación. Universidad de la República, Montevideo – Uruguay.

Es el caso que, en plena revolución tecnológica, algunas miradas se vuelven al comienzo de la revolución industrial y al punto de partida de la revolución moral que dio inicio a la Era. ¿Queda algo por decir en esta resurrección de lo utópico?

Si hay algo para decir, debemos suponer que todos nos hallamos autorizados a reflexionar al respecto. La cosa afecta a nuestras vidas comunes y corrientes; cada cual necesita saber cómo injertar lo posible en lo real, y no existe camino regio para meditar sobre idealidades deseables. Es el privilegio, o el infortunio, de los temas "blandos": admitir – y reclamar – el acceso universal. Nos contamos entre los que lidiamos a diario con los dilemas de "qué hacer con lo presente", cuestión inicial y piedra de toque, a nuestro juicio, para situar la razón de ser de las utopías e del utopismo. Así lo vemos, aunque el anuncio ahuyente eventuales lectores: importa mucho reflexionar sobre la relación entre lo dado y lo pretendido, entre los cauces ya abiertos (que, como tales, imponen su marco acostumbrado, debido) y los caminos por despejar. Se nos disculpará esta insistencia en remitir, del reino de lo entrevisto (y para asegurarlo), al sólito terreno de las prácticas usuales.

Al empeño hacia lo irrealizado lo obstruyen, en efecto, ciertas asociaciones habituales – demasiado habituales – que interesa, creemos, desbaratar. La brevedad explicará el tono sentencioso de estas líneas; pero el fondo del asunto sigue abierto a lo problemático.

I

Deteriora la calidad del propósito innovador aceptar que arraigue en la *fatiga* de lo que viene haciéndose. Expresado con énfasis normativo; hay derecho al descontento, no a la atonía.

Cabe un rápido retrospecto. Si algo que debieramos haber aprendido – y el siglo pasado ha sido una buena escuela para ello – es que, ni bajo el cielo ni encima de él, existe posibilidad creadora *sin* energía, o, con palabra más incómoda, *sin* fuerza. (Cuando se habla de Creación, en sentido eminente, es siempre desbordamiento – no descenso – de potencia.) El siglo XIX ensayó múltiples y sugestivas variaciones sobre este acuciante tema. Hoy, por mal que pensemos, en otros respectos, de la nietscheana "voluntad de poderío" (sobre la que quizás no está todo dicho), o de la imperial dominación británica, o de la amenazante eficiencia prusiana (nada desdeñable para J. P. Varela, por ejemplo), o del crecimiento del poderío de la clase obrera que acabará tumbando a su opresor imprudente, resta, en definitiva, una lección décimo-nónica indudable: para *realizar*, sea lo que fuere, hay que estar aprestado para ello y proponérselo con resolución duradera; o, también, nada es hacedero si no es en el momento en que cae en poder de una superior competencia (modo, este último, que podría traducir la intuición hegeliana de una sucesión progresivamente racional de los protagonistas históricos).

Abreviémoslo en la siguiente regla: La gran tarea de construir algo mejor que lo existente requiere tensión, implica reunir los recursos en el esfuerzo que los unifica, cerrar el paso a la indolencia sin fibra. La utopía, si es lícito personificarla, pide la sangre – no el último aliento – de sus coautores.

(No por afinidad alguna con el violentismo, sino para tener presente la responsabilidad de cualquier acción que se emprende, conviene recordar el consejo del

vigoroso – ¿en demasía? – J. J. Castelli, enunciado para circunstancias más conspicuas: "Siempre ha sido mi máxima que las negociaciones políticas se devían, [sic] emprender y resguardar con una fuerza respetable". – Máxima del revolucionario de Mayo y de Nicolás Maquiavelo, en lo que éste tiene de atendible).

II

El "rechazo del mundo" (que fue un tema en la ética medieval) es, por cierto, mala condición para proyectar innovaciones.

Existe una propensión – a nuestro entender, excesivamente extendida – a declarar, como por principio, la insanable defectuosidad del "orden establecido"; según nuestras observaciones, la tendencia se acentúa en las mentes más intelectualizadas. (Ello, aclaremos, sin desconocer que E. Mounier hizo bien en lanzar un desafío polémico con el retruécano: "desorden establecido".) A pretexto de que es ingenuo ignorar la presencia infecciosa de los intereses, o el simple hecho del beneficio o la perfidia individuales, se pasa a decretar que nada sucede en este (bajo) mundo sin hallarse motivado por intenciones de mala ley. Punto que sería preciso analizar en profundidad (como el del poder y la fuerza, en el párrafo anterior) y sobre el que es difícil pronunciarse matizadamente sin que esto despierte prevenções "puritanas". Por el momento, digamos que esa actitud para la que hasta la mera *utilidad* es un concepto teóricamente abominable, deja sin responder una pregunta crucial: *de dónde* – de qué reserva incontaminada – sacaríamos los medios para salir adelante si *todo* se halla de tal modo "maleado" (la técnica lo mismo que la legislación; los sermones lo mismo que la publicidad) y, en el plano genético, *de dónde* – de qué pedagogía sin defectos – habríamos obtenido las pautas del descontento redentor si rige un adoctrinamiento que corrompe universal e indefectiblemente.

Es abusivo suponer que el puritanismo es condición indispensable para tener derecho a concebir estados de cosas que trascienden de lo actual; es arbitrario atribuir, sin más, a la desconfianza suspicaz una calidad de mejor ley que el interés crematístico. En verdad, la condena apriorística del mundo es un proceder que cierra el camino de la buena reforma y concluye por hacer aceptable, para un crítico extenuado de negaciones, aquello mismo que ha sido declarado de una pecaminosidad *imponente*. Si queremos *incapacitarnos* para la necesaria regulación de las grandes empresas de negocios, empecemos por dictaminar, para viva satisfacción de las empresas, que *todo* negocio es aborrecible o que cualquier proyecto económico es precursor del monopolio.

Entre tanto, lo atinado es proceder "por piezas". Un trozo de la realidad, hasta ahora inempleado en sus virtualidades de mejora, sirve para corregir al defectuoso, y la utopía final es que ningún factor productivo quede sin emplear; las fuerzas que se esterilizan (o se comportan agresivamente) en usos parciales (o, aun, criminales: la técnica bélica, proverbialmente) pueden ser canalizadas *de otros modos*; en el plano argumentativo, a las proclamas humanitarias que restringen su alcance por interés aprovechado, cabe exigirles (recurso del fecundo razonar ad-hominem) que cumplan de veras sus generosas proclamas. Las utopías necesitan empezar ya, nutridas del humus de este presente abrumador y promisorio. Si, en cambio, pre-

tendemos aligerarnos tirando por la borda los medios materiales acumulados y las potencialidades de la lógica de la persuasión, estaremos apuntando a un "escenario" *radicalmente otro* que aquel en que tenemos nuestro ser; vale decir, a una mera figuración febriciente.

III

En estos asuntos, se esperan del "orden del corazón" – otra vez, con exceso manifiesto – efectos salutíferos que van en desmedro de la consideración *inteligente* de los hechos. En tren de alentar cambios, cabe aducir, por el contrario, buenas razones en favor del enfoque intelectual: datos bien establecidos; métodos contrastados; libertad crítica (tan reñida con los "fundamentalismos"...) para valorar las pruebas, dudar (y aprobar) sin fronteras, rectificarse a la vista de las evidencias. A menos de someternos a estas difícilísimas disciplinas, (F. Bacon habló, como se sabe, de "ídolos" para referirse a "obstáculos epistemológicos"), es improbable que estemos adiestrados – y de *destrezas* ha de tratarse siempre – para diseñar ideales fundados y verdaderamente deseables. No hay más remedio que consignar que el "buen corazón", librado a sus solas (y encendidas) fuerzas, va a dar fácilmente a la dureza pétrea del fanatismo o de la delicuescencia de la simpatía sin recursos eficaces. Todavía sigue en pie, transcurrido más de un siglo y medio, el lema de Augusto Comte (amigo de lemas, pero, también, intelectual más perspicaz que lo que se cree): "Sólo se destruye lo que se sustituye"; de donde se infiere que es preciso idear *sustitutos* definidos y viables.

* * *

Se nos reprochará haver mentado demasiado las ligaduras con *este* mundo y perder de vista la elocuencia del futuro. Esfuerzo concentrado, realismo, inteligencia circunspecta: no parecen nociones que hagan justicia al utopismo en lo que tiene de exigente y de profético. ¿Nada corresponde decir con que alentar los entusiasmos que en nuestro tiempo piden ejercerse? Sí, por más que lo que en seguida anotaremos acaso disguste a cierta propensión ambiente.

IV

El utopismo (o cierta manera de entenderlo) discrepa de esa especie de "justificación hacia lo indigente" que prohíbe hablar de *valores universales* y reclama respeto incondicional por cualesquiera formas de vida, con tal que determinados grupos encuentren en ellas su satisfacción e, inclusive, su oportunidad de "desarrollo". El "occidentalismo", conciente de sus pecados, se deja paralizar por esta desafiante prédica del localismo.

No es necesario buscar lejos los ejemplos. Dos son inmediatos; el segundo, inclusive, de acentuado color local.

1. Acerca de los pujantes enclaves económicos de Asia (Sur-Corea, Taiwán, etc.), es frecuente sostener que, si las instituciones *políticas* son regresivas, eso debe cargarse, sin más cavilaciones, a la cuenta de tradiciones milenarias a las que los individuos se hallan adaptados sin sufrimiento y con ventaja. Réplica inconformista, que conceptuamos valedera: razonar así es renunciar a proponerse el cuadro

de las libertades como marco de una existencia a la altura de la plena dignidad humana. La resignación "funcionalista" es antiutópica.

2. Entre nosotros, tirios y troyanos tienden a coincidir en que el género de vida de los llamados "hurgadores" es *uno entre muchos posibles* y sólo cabe asistirlo con medidas que lo faciliten. Modo de ver que contribuye a perpetuar la penosísima situación – herida abierta en los costados de la ciudad – y supone, bajo la apariencia de respetar la peculiaridad del otro, mantenerlo como marginado ilimitadamente disponible. Lo opuesto es utopía, pero *buena* utopía: ninguna sociedad – ninguna ciudad que se presume polis – puede conformarse con llevar en su seno lo infrahumano a título de singularidad remanente. ¿Se nos tolerará repetir que, saberlo, es el comienzo de una rectificación necesaria?